



Capítulo 275 - Alianza de Reyes

Alucard se limpió lentamente la sangre que le corría por la cara con un pañuelo negro, con la mirada más oscura de lo habitual. Había algo inusual en su tono: una frialdad contenida, como la de un depredador que ya no podía fingir que estaba domesticado.

"Vladislaus Dragamir", dijo, escupiendo el nombre como si fuera ácido. "Ese es el tipo que buscas".

Kaguya, siempre un paso atrás con su postura inquebrantable, hizo una reverencia silenciosa y le ofreció una tableta a Alucard. El vampiro la tomó, deslizó el dedo por la pantalla durante unos segundos y luego se la lanzó suavemente a Vergil, quien la atrapó en el aire.

En la pantalla se congelaba la imagen de un hombre de aspecto aristocrático. Sus ojos grises parecían penetrar el alma incluso a través de una foto. Cabello blanco, liso y bien cuidado, y ropa que fusionaba la moda antigua con elementos modernos, como si cada detalle de su apariencia estuviera calculado para intimidar sin decir una palabra.

—Como probablemente ya sabes —comenzó Alucard, con la voz ahora más grave—, los vampiros nos dividimos en clanes. O, más precisamente, en familias. Y como en cualquier linaje antiguo, las disputas internas siempre han sido nuestro mayor problema.

Vergil estudió la imagen mientras Alucard continuaba.

Soy de la familia Drăculea, descendiente directo de Vlad Tepes, el original. Pero mi padre, Drácula... no solo fundó nuestro linaje. Creó todos los grandes clanes vampíricos de Europa y partes de Asia. Uno a uno, los moldeó, les dio





sangre, poder y propósito. A algunos como protectores, a otros como guerreros... y algunos, como Vladislaus Dragamir, como monstruos que nunca debieron haber sido desatados.

Se puso de pie y caminó hacia una chimenea encendida en la esquina del salón, donde la madera crujió suavemente, como si cada estallido marcara el ritmo de un antiguo recuerdo.

El Clan Dragamir fue una de las primeras casas creadas por Drácula. Un linaje forjado en la disciplina, la magia ancestral y el fanatismo ciego. Se creen los verdaderos herederos, moldeados durante la cúspide del poder de mi padre. Pero... —Se giró con los ojos entrecerrados—. Olvidaron quién mantiene vivo el nombre de Drácula. Quién estabiliza los linajes. Quién evitó una guerra entre los clanes durante siglos de silencio.

Virgilio recibió la placa de Zafiro, quien ya había visto el nombre y soltó un "tch" desdeñoso. Volvió a mirar el rostro de Vladislao. Parecía el tipo de hombre nacido para traicionar.

"¿Y ahora se hace pasar por dios?" murmuró Vergil, más bien para sí mismo.

—Es más que eso —dijo Alucard, con el rostro endurecido—. Robó algo. Algo antiguo. Algo que no pertenece a este mundo.

Sus ojos se volvieron hacia Kaguya.

La vampira japonesa dudó un momento. Era visible. Apretó las manos, apenas conteniendo la tensión. El silencio que siguió parecía reverencia, como si cada palabra necesitara permiso para ser pronunciada.





"Tiene uno de los Tres Tesoros Sagrados de Japón", dijo con una voz cargada de tristeza y enojo.

Zafiro arqueó las cejas, sorprendida. "¿Usó un fragmento de Excalibur para forjar la reliquia y convertirla en un arma divina?"

—No —respondió Kaguya, con la voz casi quebrada por un segundo—. Peor. Ahora que todos saben que los fragmentos de Excalibur pueden fusionarse para formar armamento... Vladislaus decidió forzar esa fusión con algo aún más poderoso.

Respiró hondo, con la mirada cada vez más fría. «Usó un fragmento de la Kusanagi no Tsurugi. La Espada de las Tormentas. Uno de los Tres Tesoros Sagrados de Japón. Tesoros que simbolizan el derecho divino a gobernar».

La atmósfera se oscureció sutilmente. Incluso las llamas de la chimenea parecieron vacilar.

"Kusanagi", repitió Vergil en voz baja. "La espada de la diosa Amaterasu. La leyenda dice que se encontró dentro del cuerpo de una serpiente de ocho cabezas... y que pasó como reliquia celestial al primer emperador de Japón."

"Sí", confirmó Kaguya. "La leyenda no es solo un mito. La custodiamos durante milenios. Estuvo protegida en templos sagrados, sellada, oculta al mundo... hasta que apareció. Vladislaus robó el artefacto y fusionó el fragmento del Velo en la espada. Y ahora... no solo corta la materia, sino la esencia misma."

Zafiro soltó un silbido lento y sarcástico. "Básicamente, está ejerciendo una especie de divorcio entre las leyes naturales".





Alucard se apoyó en la repisa de piedra cerca de la chimenea. «Y encima... está reuniendo clanes disidentes. Casas más pequeñas, olvidadas o exiliadas. Está creando una Corte Nocturna, como ahora se llaman a sí mismos. Un imperio de sangre... para desafiar todos los tronos sobrenaturales».

"¿Y por qué ahora?" preguntó Vergil con los ojos entrecerrados.

"Porque el equilibrio de poder se está desmoronando", respondió Alucard. "Con los fragmentos dispersos, el equilibrio se está rompiendo. Ya debes haberlo notado: en general, las facciones están empezando a considerar los fragmentos vitales, sobre todo con la promesa de forjar armas con el poder divino restante".

Entonces Kaguya habló, interrumpiendo las palabras de su rey como un susurro de alguien pidiendo ayuda.

Y él... mató a los guardianes de la espada. Mis hermanos. Los monjes que custodiaban el templo. Los destruyó como si fueran papel. Ni siquiera los antiguos hechizos le impidieron tomar lo que quería.



Por un momento, el silencio cayó como una pesada cortina.

Vergil rompió entonces el silencio y deslizó la tableta hacia Alucard. «Así que eso es todo. Una espada sagrada, un lunático con complejo de dios y una guerra de tronos entre vampiros inmortales».

Zafiro se estiró como un gato perezoso, pero sus ojos brillaban como los de un depredador hambriento. "Casi romántico."



"Lo romántico sería cortarle la cabeza y devolverle la espada personalmente a Amaterasu", dijo Kaguya, y su tono finalmente reveló la furia centenaria que había mantenido enterrada.

Vergil cruzó los brazos lentamente, como si sopesara el destino de imperios con un solo movimiento. Sus ojos plateados brillaban con una serenidad calculada: fríos, peligrosamente agudos. Ya no era solo el guerrero impulsivo, el demonio apasionado. Había algo diferente ahora. Un peso. Una presencia.

"Mmm...", soltó un sonido bajo y pensativo. La sala pareció contener la respiración. "¿Qué gano si te ayudo con esto?". Su voz salió baja, profunda y pulida como acero templado. No era una pregunta sencilla. Era una prueba.

Alucard esbozó una sonrisa contenida, percibiendo el cambio en su interlocutor. Pero antes de que pudiera responder, ocurrió algo más.

Zafiro lo estaba mirando.

El mundo que la rodeaba simplemente desapareció por un momento.

Lo conocía muy bien por su entrenamiento. Había visto a Vergil convertirse en un demonio.

Pero ahora... vio algo nuevo. Algo abrumador.

Un verdadero soberano.

La forma en que miraba fijamente a Alucard, con total control. Su lenguaje corporal, meticulosamente contenido, sin un solo movimiento innecesario.





Cada palabra era medida, estratégica. Era como ver a un león dejar de rugir y aun así hacer que el mundo se arrodillara.

Zafiro sintió que el corazón se le aceleraba, un latido palpitante en el pecho, demasiado fuerte para ignorarlo. Se le secó la boca. Sus piernas, inquietas. Y entre ellas, ya se había formado un calor traicionero, ardiente y palpitante. Las bragas negras de encaje bajo su ajustada falda ya no eran más que una barrera simbólica. Y peor aún, lo sabía. Sabía que él ni siquiera intentaba seducirla.

Eso sólo lo hizo más intenso.

"No está intentando ser sexy... simplemente lo es", pensó, mordiéndose discretamente el labio inferior.

Intentó apartar la mirada, mantener la compostura. Pero fracasó. Porque en ese momento, su instinto gritó con más fuerza: deseaba a ese hombre. Quería ser poseída por él, allí mismo, en el trono de piedra o en las sombras de aquel antiguo castillo. Quería gritar el nombre de un rey que por fin merecía ser venerado.



Vergil se giró levemente y su mirada se cruzó con la de ella por solo un segundo.

Un segundo fue suficiente.

Zafiro se sintió desnuda. Expuesta. Esos ojos plateados parecían verlo todo: cada deseo, cada fantasía, cada gota de excitación. Y ella sabía que él lo notaba. Una sutil comisura de sus labios se levantó. No en burla, sino en dominio. Como diciendo: Sé lo que quieres... y quizá te lo dé... cuando lo decida.



Se mordió el labio con más fuerza, tratando de no gemir sólo por el pensamiento.

Alucard se aclaró la garganta. La tensión en el aire podría haberse cortado con una cuchilla. Era densa... deliciosa.

"Tendrás el respaldo político de mi familia", dijo Alucard, volviendo a la conversación como si no hubiera sido solo un espectador silencioso de un enfrentamiento erótico entre dos monarcas.

Vergil no respondió de inmediato. Simplemente caminó hacia la chimenea, con las manos entrelazadas a la espalda, y cada paso resonó como un decreto imperial. Se detuvo ante las llamas, su silueta dorada por la luz del fuego, como la estatua de un dios de la guerra.

"Añade el cuerpo de Dragamir a la lista", dijo finalmente. "Sé que no es mucho pedir, ¿verdad?"



Los ojos de Alucard se abrieron ligeramente. "Esa es... una petición atrevida."

Vergil giró la cabeza lo justo para mirar por encima del hombro. «Creo que has olvidado por qué vine», dijo, y su instinto asesino inundó el castillo como un maremoto. «Vine a matar al bastardo que atacó a mis esposas, y una de ellas es la hija de Zafiro». Sus ojos se encendieron con fuego infernal, negro y demoníaco...

Era como si la Muerte misma estuviera mirando a Alucard... pero el que realmente estaba siendo consumido...

"Tan hermoso..." Zafiro gimió por dentro.



Este era el hombre que ella deseaba. El hombre del que se había enamorado, y ahora, el hombre por el que se deshacía, justo ahí, sin nada más que sus palabras.

El Rey Demonio ya no era un rey por título.

Él era rey... por derecho.

"Tienes razón", dijo Alucard, y un aura tan aterradora como la de Vergil se elevó en el aire. "Entonces... ¿cómo quieres matar a ese bastardo?"

